

Adivino su cercanía por las miradas que siento clavadas sobre mí y que se desvanecen en cuanto las busco con sobresalto en derredor, por los susurros, por el sonido de pasos invisibles que cesan en cuanto me giro. Creo que el acecho está a punto de concluir, ya no pueden tardar en despachar su cometido. Nada doy por mal empleado, todo este asunto me ha convertido en más sabio. O tal vez sería mejor decir menos ingenuo.

Con ese torpe afán de justificación que trata de convertir la necesidad en virtud, me había persuadido de que mi inteligencia no servía para nada práctico y decidí dedicarme a la literatura como modo de huir de una realidad para la que me sentía poco dotado. Los acontecimientos me han venido a mostrar lo equivocado que estaba. No existe la inocencia, solo la cobardía. Mi refugio en la ficción no era más que la búsqueda de un pretexto para abordar, como en un juego, todas las perversiones y vilezas que el talante pusilánime que tuve que domar me impedía llevar a la práctica. Ahora lo tengo claro. No existe gran diferencia entre ellos y yo. Y la que hay no es como para sentirse orgulloso. La astucia, en la mayoría de las ocasiones, no tiene nada de perverso; la imaginación casi siempre es abyecta. A muchos de ellos las circunstancias, la ocasión o la necesidad han ido empujándoles hacia sendas no muy distantes de la puerta de sus casas. En mi caso, tuve que buscar con ahínco ese camino lejos de mi entorno.

Seguramente no fue el origen, pero sí el comienzo. La tarde era lluviosa y habíamos quedado citados en el Anduriña, un chiringuito en la playa de Samil al que solíamos acudir en época de vacaciones estudiantiles. Éramos un grupo de jóvenes ilusionados con el mutuo conocimiento, cuando el mundo todavía se prometía como aventura. Luego, cada cual había tomado un rumbo con su fardo de desencanto a cuestas, pero habíamos mantenido la costumbre de vernos si coincidíamos en Vigo, generalmente por Navidad.

El eje de aquellas reuniones era María Antonia, cuya estudiada y teatral puesta en escena constituía uno de los principales alicientes para juntarse. Algo mayor que todos nosotros, oficiaba de señora con clase capaz de enamorarnos, removiendo ocultas tendencias edípicas y lésbicas que unos y otras ignorábamos. Aunque entonces aún no sabíamos que la indisposición con la que había disculpado su ausencia estaba causada ya por el cáncer que acabaría con su vida pocos meses después, la nostalgia de su presencia y el denso gris instalado en cielo y mar hasta borrar la línea del horizonte pendían como amenazas suficientes para hacer naufragar la tarde. Consciente de ello y para evitarlo, Martín asumió un protagonismo al que todos accedimos encantados.

Tenía veleidades literarias secretas: nunca nos mostró nada de lo que había escrito. Únicamente habíamos leído un ensayo, del que renegaba, aparecido

en una publicación colectiva sobre un poeta rural de principios del siglo xx de abominables pretensiones gongorinas. Siempre tuvimos la impresión de que su ocultamiento obedecía al temor a decepcionar a los que conocíamos su impecable estilo oral. Desde luego, era difícil imaginar un modo de contar las cosas que produjera un encantamiento equiparable al hechizo que sobre todos nosotros ejercía su forma pausada e íntima de hacer discurrir la narración. Sus ojos oscuros, pequeños y vivaces se ensombrecían o desprendían destellos de azabache de diferente intensidad según lo requiriese el relato. Incluso su tono de voz quedo contribuía a acrecentar el misterio que entreveraba sus pequeñas historias.

Aquel día de bruma y agua mansa resultaba fácil y placentero dejarse llevar por las imágenes que evocaban las palabras de Martín, mucho más vívidas y materiales que los desvaídos jirones de espuma que el mar depositaba en la arena con lenta monotonía de sordo golpeteo. Conducía sabiamente la conversación. Dirigida por sus hábiles preguntas y oportunas interrupciones, la crónica de las peripecias personales acaecidas a cualquiera desde nuestra última reunión adquiría el necesario ritmo para mantener a todos pendientes del narrador ocasional. Luego, cuando se hubo agotado ese filón, comenzó a desgranar con estudiada morosidad viejas historias del maquis. En su versión, la épica tenía un regusto de lamento melancólico, como si aquellos héroes de la resistencia lo fuesen a su pesar. Todos parecían aquejados de un desencantamiento escéptico. Era difícil, al escucharle, imaginarse a O Foucellas o a O Piloto como unos fanáticos sanguinarios que creían en la posibilidad de alcanzar un paraíso de justicia con sus pistolones. Si lo pienso ahora, creo que a través del relato de Martín me forjé la idea de que aquellos luchadores antifascistas tal vez habían creído en algún momento en ideales políticos revolucionarios, pero se aferraban a la guerra, ya oficial e irremediablemente perdida, como a un ideal estético. Preferían esa vida de alimañas perseguidas, aunque libres, a la de animales mansos y confortablemente instalados en el establo franquista. Y a esa aureola de fiereza tenían que contribuir, aunque sin demasiado entusiasmo, simplemente para poder mantener su identidad.